

# JERARQUIA Y RELACION SOCIAL EN UN PUEBLO ESPAÑOL (1)

RICHARD BARRETT  
Universidad de Nuevo México

*«Las instituciones aristocráticas... surten efecto al unirse fielmente cada hombre con varios de sus conciudadanos... Como en las comunidades aristocráticas, todos los ciudadanos ocupan posiciones fijas, una sobre otra, el resultado es que cada uno de ellos ve un hombre siempre sobre sí mismo cuyo patrocinio le es necesario, y debajo de sí otro hombre cuya cooperación puede reclamar... La aristocracia había hecho una cadena de todos los miembros de la comunidad, desde el campesino hasta el rey; la democracia rompe esta cadena y corta cada eslabón de ella.»*

**Alexis de Tocqueville**

Este ensayo trata del carácter cambiante en la distinción de la posición social en un pueblo español y, más allá del pueblo, anticipa algunas generalizaciones sobre las clases sociales, en España en gene-

ral. El problema se centra en la distinción entre igualitarismos y relaciones sociales-jerárquicas. Cualquiera estudiante que esté familiarizado con la literatura sociológica de España habrá encontrado, en la afirmación, que existe un rasgo de intensa igualdad en la sociedad española.

En su estudio clásico de un pueblo andaluz, por ejemplo, Pitt-Rivers (1954:49) subrayó el igualitarismo como una característica básica de la comunidad: *«Aquí... aludimos brevemente a uno de los valores esenciales del pueblo que es la*

(1) La investigación para este ensayo fue financiada en parte por la Asociación Predoctoral (n.º 5-f 1-MH, 519-02) de los Institutos Nacionales de Salud Mental y de la Fundación Ford para el estudio de las redes sociales mediterráneas. El autor desea expresar su gratitud a Karl Schwerin, Bruce Rigsby, George P. Murdock y a su esposa Yukiko, por los comentarios que sirvieron de gran ayuda sobre la versión del ensayo.

*igualdad, en el sentido de identidad de la naturaleza, de todos aquellos que han nacido en el mismo lugar».*

Este igualitarismo esencial es acentuado repetidamente a lo largo del libro (cfr. pp. 65, 77, 79, 203, 209). Sin embargo, Pitt-Rivers describe a la élite del pueblo (*señoritos*) que mantiene relaciones patrón-cliente, en el sentido amo-servidor, con el resto de la gente del pueblo. Esto resulta difícil de conciliar con la noción de igualdad social, puesto que la idea de amo-servidor entre «iguales» es una contradicción inherente. Obviamente Pitt-Rivers quiere decir algo distinto del igualitarismo como se ha definido comúnmente.

Otros autores han definido la sociedad española en unos términos muy similares. Así Kenny (1961:76) escribe que hay un «*igualitarismo entre los españoles en general que ha sido siempre observado con sorpresa por los extranjeros*», pero más adelante en el mismo estudio (p. 135), cuando trata de la relación entre patronos y clientes habla de una jerarquía social estricta. Afirmaciones contradictorias similares pueden encontrarse en escritos de Brenan (1943:40, 87-88), Altamira (1950:139-143), Pritchett (1954:45), Ferns Worth (1957:22-23), y muchos otros. Hay, obviamente, dos visiones diferentes de la sociedad española que parecen ser incompatibles.

Observaciones de similar ambigüedad se han hecho sobre otros países mediterráneos, como Grecia y Turquía. Stirling (1965:284) hablando de la Turquía rural, ha tratado esta cuestión de la igualdad y

de la jerarquía: «*La diferencia cualitativa entre la estratificación rural y urbana es, yo pienso, al menos en parte, responsable de un fenómeno frecuentemente comentado por observadores extranjeros, y del que han hablado con orgullo los propios turcos. Los aldeanos se comportan con notable dignidad y autorespeto y son abiertos en la presencia de personas importantes; se dice que estas formas igualitarias prueban una ausencia de clase social o de conciencia de clase. Esta es una conclusión falsa... De hecho, la sociedad turca es casi militar en su jerarquía. Pero para el aldeano el intercambio social y la jerarquía no se excluyen mutuamente, porque en la estructura piramidal del pueblo la jerarquía representa la misma barrera social que en las ciudades.*»

Stirling, aquí hace aceptar la importante opinión, de que las relaciones de familiaridad social (comunicación social) entre las clases, no deberían tomarse como un indicador de la igualdad social. Esto, en mi opinión, ha sido una de las mayores fuentes de confusión a la hora de interpretar la sociedad española. Los escritores ingleses y americanos, que han observado la estrecha unión entre las distintas clases sociales en España, han quedado impresionados por el contraste con sus respectivas sociedades, donde tal relación social no es corriente; donde ellos han errado, creo, es en asumir que esto implica un igualitarismo social. Yo sugiero más bien que su significado más probable es precisamente el opuesto, esto es, el hecho de que la sociedad española haya estado tan

exageradamente estratificada ha permitido un grado tan elevado de relación entre sus clases sociales.

La villa de Benabarre, en el noroeste de España, nos proporciona un ejemplo para el análisis. El pueblo ha sufrido una modernización muy rápida en las últimas décadas, el cambio social más significativo que le acompañó fue una tendencia inequívoca hacia la nivelación social. En la década de los 30 la comunidad estaba dominada por una élite prestigiosa asentada social y políticamente sobre el resto de la comunidad. Los descendientes de esta clase social permanecen en la localidad, pero su posición, en términos de prerrogativas y de funciones sociales, ha quedado enormemente reducida de lo que fue. El pueblo ha cambiado considerablemente, desde un orden jerárquico a un orden de mayor igualdad social. Mi propósito es mostrar cómo este cambio ha afectado la calidad de las relaciones entre las clases sociales.

El estudio está basado en 14 meses de trabajo de campo llevados a cabo por el autor, desde mayo de 1967 a junio de 1968, en Benabarre, una comunidad de la provincia de Huesca a 120 Km. de la frontera francesa. Así, en 1968, el pueblo tenía una población de 1.127 personas. La mayoría de éstas, 976, vivían en el núcleo urbano. Otras 66 estaban esparcidas en granjas aisladas dentro del término municipal, y otras 85 residían en la aldea de Aler, que pertenece administrativamente a Benabarre, pero que está situado a 4 Km. hacia el oeste. La economía de esta zona es funda-

mentalmente agrícola, aunque apenas la mitad de las familias de la comunidad pueden ser clasificadas como campesinos granjeros. El sector de la población que no es agrícola está repartida entre comerciantes, artesanos, profesionales y funcionarios. El sector comercial es bastante importante; hay cuatro cafeterías, varias tiendas, carpinterías, dos sucursales bancarias, una farmacia, dos fondas e incluso un cine. la comunidad forma parte también de un centro administrativo: hay un juzgado local, un puesto de la Guardia Civil, una oficina de correos y un médico residente que presta sus servicios tanto a Benabarre como a sus alrededores.

## LA BURGUESÍA RURAL ANTES DE LA GUERRA CIVIL<sup>(2)</sup>

A finales del siglo XIX, y en el primer tercio del siglo actual, la mayoría de los pueblos grandes y de las ciudades en España estaban controladas por una élite de grandes propietarios, abogados, médicos, funcionarios y sacerdotes que, colectivamente, componían la burguesía rural (Carr. 1966:56-60. 430-439). Generalmente dirigían la vida política de la comunidad y constituían las fuerzas vivas. En Benabarre esta clase social fue la fuerza poderosa y dominante en los asun-

(2) Para una descripción más completa ver Barrett (1970: 47-82). «Burguesía» es un término analítico nunca empleado por los benabarrenses. Localmente, a las élites se les hacía referencia en términos tales como: «Los ricos, señoritos, pudientes, caciques, gente fina y clase política».

tos del pueblo hasta la guerra civil de 1936-39. A comienzos de este conflicto, en julio de 1936 todos, excepto unos pocos de los hombres más importantes, fueron agrupados fuera de la villa y ejecutados por miembros de la FAI catalana (Federación de Anarquistas Ibéricos). Desde la guerra no ha vuelto a aparecer una élite unida y comparable a aquella, aunque muchos de los profesionales, e incluso algunas de aquellas antiguas familias relevantes continúan viviendo en el pueblo. Para los campesinos que conocieron la sociedad anterior a la guerra civil, ningún cambio en la vida de la comunidad ha sido tan dramático como el asociado con la desaparición de la anterior burguesía. Una anciana me decía unas pocas semanas después de mi llegada a Benabarre: «*Vd. llegó con 40 años de retraso para escribir sobre Benabarre. Aquí vivieron auténticas damas y caballeros. Eran personas importantes que hubieran sabido informarle bien, ahora ya no queda nadie importante*».

La conversación con los ancianos que me informaban se convertía, con tanta frecuencia, en una discusión sobre aquellos hombres y sus hazañas que, al final, me daba la impresión que conocía más de cerca a unos cuantos de aquellos políticos y abogados que a algunos de los actuales habitantes de la villa. Lo siguiente es una versión reconstruida sobre las relaciones sociales en Benabarre basadas en los relatos de mis informantes.

En la década de 1930 había unas 20 familias en la aldea (sobre el 6 % de la población) que eran con-

sideradas y se consideraban ellos mismos seres socialmente superiores y que exhibían un alto grado de conciencia de clase. Lo que esto implicaba no era simplemente una división de clase, en sentido Wagneriano, donde un estrato se sumergía por sutiles gradaciones dentro del siguiente, o donde las principales distinciones eran analíticas, impuestas por el investigador. La élite de Benabarre era profundamente consciente de su cohesión y de las diferencias con los campesinos ordinarios, su posición superior era ampliamente reconocida por el resto de la comunidad. Se les creía «*merecedores*» de respeto y deferencia a causa de su educación superior y de sus carreras profesionales.

A diferencia de los campesinos, la élite pertenecía a un estrato social que se extendía fuera de los límites del pueblo. La situación en Benabarre se parecía a la de un pueblo andaluz realizada por Pitt-Rivers (1959:77, 73). Los notables (*señoritos*) se consideraban a sí mismos pertenecientes a una clase provinciana superior, ajena a la comunidad. En gustos, educación, maneras y estilos de vida se identificaban con los de una sociedad más amplia —con «*la comunidad de los educadores*»—. Actitud que contrastaba agudamente con la del pueblo ordinario, los campesinos de Benabarre, los artesanos y los vendedores, quienes se creían pertenecientes ante todo el pueblo o región.

El núcleo de la élite estaba formado por aquellas familias que seguían carreras profesionales y que

además tenían grandes extensiones de tierra. Las casas de los cuatro abogados de Benabarre y las familias del médico, del farmacéutico y del veterinario entraban dentro de esta categoría. Todas eran familias nativas que durante generaciones habían conseguido mantener el monopolio sobre su posición profesional en la localidad. Comprando tierras con sus ahorros profesionales, como medio más seguro de inversión, se habían convertido en algunos de los propietarios más importantes de Benabarre.

La otra mitad de la burguesía eran familias «forasteras», principalmente funcionarios, que habían sido enviados de otras áreas para ocupar puestos tales como juez, notario, registrador de la propiedad o capitán de la Guardia Civil en Benabarre. Algunos de éstos figuraban de forma prominente en los asuntos locales, pero por regla general tenían menos influencia que las familias nativas. Estas últimas tenían por añadidura la ventaja de controlar la tierra y de esta forma vincular a los campesinos y a las familias trabajadoras, quienes dependían de ellos como aparceros y braceros. Estos eran sus clientes y constituían la base de su apoyo político en la localidad.

Tanto si se trataba de forasteros como de nativos, los miembros de estas familias compartían los cimientos comunes de su condición burguesa. Dominaban la estructura institucional a través de la cual la comunidad se articulaba con el resto de la sociedad en las distintas relaciones que un campesino podía tener con el mundo que se extiende

más allá del pueblo, por ejemplo, al intentar evitar un servicio militar obligatorio, el encontrar empleo en la ciudad para un hijo o en esforzarse por disminuir la tasa de sus impuestos, este campesino, generalmente, llevaba a cabo sus propósitos a través de la mediación de uno de los notables de Benabarre. Así, uno de mis informantes, a quien pregunté qué es lo que había hecho una élite tan poderosa, observó: «¡Hombre, esa gente dominaba todos los puestos oficiales; eran casi como el estado para nosotros!»

La burguesía quedaba aparte por una serie de diferencias de status. Salvo raras excepciones, no contraían matrimonios con otras personas del pueblo, pero sí con otros de su clase, a veces con miembros de la comunidad o bien con familias de otros pueblos y ciudades. Su nivel de vida era significativamente más alto que el del resto. Todos ellos tenían doncellas en la casa y quizás un mayordomo. Sus hogares estaban amueblados con servicios modernos con bañeras e inodoros que funcionaban con agua, y algunos tenían calefacción central. Los primeros automóviles de Benabarre, en la década de 1930, eran propiedad de tres familias notables. Ninguna de estas comodidades urbanas formaban parte del estilo de vida del resto de la comunidad.

Alguna diferencia en el lenguaje era también un rasgo que se asociaba con el status. La élite hablaba español castellano en su hogar, incluso en el caso de las familias nativas cuyos miembros habían nacido y crecido en Benabarre. La gente corriente del pueblo hablaba un

dialecto local, *ribagorzano*, aunque la mayoría sabía hablar castellano también.

Sin embargo, el factor diferenciante más significativo era la educación superior de la élite. Como clase, la burguesía hacía un esfuerzo para educar a sus hijos en algún tipo de carrera. Esto significaba enviarles fuera del pueblo, con un gasto considerable, a realizar estudios superiores en otras ciudades. Hasta poco antes de la guerra civil, nadie entre la gente corriente de Benabarre intentó dar a sus hijos algo más que una educación elemental. Como resultado de esta diferencia en la educación, la burguesía se consideraba a sí misma como el bastión de la cultura, como gente de conocimiento y entendimiento superior. Y en gran medida su cultura superior legitimaba también su derecho a gobernar ante los ojos del campesino común. Esta diferencia educacional se manifestaba en el *casino*, un centro cultural de uso exclusivo de los caballeros de la clase alta, donde podían leer, discutir política, jugar a las cartas o simplemente beber juntos y conversar.

A pesar de tales diferencias, los estrechos vínculos personales prevalecieron en la mayoría de las familias campesinas trabajadoras y las de los notables. Así lo expresaba un informante de edad avanzada: «*En aquellos días estaba cerca de la gente importante. Había mucha amistad (entre los notables y la gente común), así que siempre tenías alguien que te protegía*».

Estas relaciones eran del tipo patrón-cliente. Las personas más ínti-

mamente ligadas a los notables eran sus aparceros, braceros y sirvientes dentro de la casa. Estos estaban todos unidos a la familia por un sistema de favores recíprocos y lealtades personales. El *señorito* ofrecía empleo y extendía su protección; a cambio el cliente trabajaba para él, votaba en las elecciones tal como el patrón deseaba y le daba apoyo en las intrigas políticas del pueblo. Estos lazos estaban generalmente acompañados de una considerable confianza; el cliente concebía su relación con el patrón como una íntima amistad personal. La única frase que he oído utilizar a mis informantes para describir esta relación con los *señoritos* era que «*tenían mucha amistad*» con ellos. Los notables, por otra parte, trataban a sus dependientes paternalmente, y a menudo llegaban a estar profundamente implicados en las vidas personales de sus clientes. La experiencia de un informador de edad avanzada ilustra este aspecto de relación. El era el segundo hijo de una familia de campesinos pobres y no había recibido herencia. En su temprana adolescencia se convirtió en sirviente de la casa de uno de los abogados del pueblo. Vivía allí y era tratado como un miembro de segunda clase de la familia. El me dijo que llegó a pensar de sí mismo que pertenecía más a esta casa que a su propia casa natal. Cuando le llegó la edad, acudió a su patrón para que le ayudara a arreglar su matrimonio; actuando la esposa del abogado como intermediaria, se casó con una muchacha de una de las familias aparceras que trabajaban para la casa.

Después de establecerse en una casa separada, mi informante continuó pidiendo a su patrón ayuda y protección, y el abogado se convirtió inevitablemente en la figura paternal para la esposa de este hombre y también para sus niños.

La relación de protección era como una regla, más fuerte entre las personas más desplazadas en su posición social. Era más probable que los campesinos y los trabajadores y la gente más pobre tuvieran unas relaciones más duraderas con un patrón, que, digamos, con los comerciantes del pueblo. Estos últimos se encontraban económicamente en una situación menos dependiente de la élite, y sus ocupaciones les preparaban para el trato con el mundo, que iba más allá del pueblo, y les capacitaba más de lo que pudiera estarlo cualquier campesino o trabajador medio. Se hace manifiesto que el grado de subordinación encerrado en el lazo élite-campesino fuera considerado degradante y, hasta cierto punto, inapropiado para los comerciantes acomodados. Se puede afirmar por tanto que la relación más duradera entre las clases sociales era una función de disparidad social, no de igualdad.

## LOS EFECTOS SOCIALES DE LA MODERNIZACION

Desde la época de la guerra civil española, la estratificación de Benabarre ha cambiado de forma notoria. La violencia del período de guerra mermó severamente la jerarquía de la vieja élite. Sin embargo,

sería inexacto creer que la guerra fue el causante principal en la nivelación social que ha tenido lugar. Sin lugar a dudas, la guerra sirvió como catalizador para el cambio. Pero su papel real fue acelerar el final de un sistema social agonizante. No existe una razón intrínseca que indique por qué una nueva élite burguesa no debería haber surgido después del conflicto. La comunidad todavía necesita los servicios de varios profesionales, funcionarios, maestros, sacerdotes y... etc., y, con todo, la posición de ese estrato en la villa actual ha sufrido un cambio sorprendente. No ha sido la guerra civil, sino más bien las fuerzas de modernización desde 1940, las que han eliminado las condiciones necesarias para apoyar a una clase privilegiada. Benabarre, como todos los pueblos rurales de España, está experimentando lo que Halpern (1967 a, 1967 b) ha definido como «*La Revolución Rural*». Este es un proceso de cambio masivo, engendrado en el campo por la industrialización de la sociedad, más amplia. Dicho fenómeno en España ha traído consigo una corriente creciente de emigración a las ciudades que se hallan en proceso de expansión. Muchas áreas rurales han experimentado incluso un descenso neto en población. Benabarre, por ejemplo, ha perdido una tercera parte de sus habitantes desde 1940. Pero la revolución lleva consigo algo más que la reducción numérica del campesinado. La población rural que permanece en el pueblo se ha transformado también. Las nuevas comunicaciones, y en particular la radio, transistores

y la televisión y un transporte mucho más eficaz, han acercado a la ciudad y al pueblo mucho más que en tiempos anteriores. Los bienes de consumo industriales están inundando hasta los pueblos más remotos, contribuyendo al crecimiento de la cultura de «*masas*». El estilo de vida en los distritos rurales ha llegado a ser muy similar al de las ciudades. Los automóviles en Benabarre, la televisión y las casas renovadas siguiendo el estilo de los apartamentos urbanos manifiestan el sentido del cambio en la vida del pueblo.

La modernización ha tenido un efecto decididamente adverso sobre la burguesía. Ningún otro estrato social ha experimentado un descenso tan grande en su posición como el que tiene ahora la antigua élite. Su descenso es debido en parte al hecho de que la modernización ha reemplazado muchas funciones que ellas ejecutaban con anterioridad. También les ha privado de unos monopolios que en su vida mantuvieron sobre los hombres y las fuentes de riqueza.

Un servicio importante realizado por la antigua élite era el de actuar como «*corredores de bolsa*» (Wolf 1958) entre los aldeanos y los centros sociales más amplios; eran las únicas personas que tenían unos extensos lazos de influencia que desbordaban su comunidad. Este ya no es el caso. El campesino medio está mucho más capacitado para valerse por sí mismo, de manera independiente. La nueva clase media, gracias a las facilidades del transporte, ha hecho del mundo exterior un elemento mucho menos

prohibitivo para la presente generación adulta de lo que fue para sus padres. Lo que es más, las redes formadas por la emigración han unido a casi todas las familias de Benabarre con innumerables parientes y amigos en las ciudades más grandes. En consecuencia, cuando los campesinos quieren ahora buscar ayuda, cuando han de realizar un trato con el mundo urbano, tienden a hacerlo a través de parientes que han emigrado o bien amigos, antes que a través de los notables del pueblo. Estas relaciones interpersonales han reemplazado casi completamente a los lazos entre patrón y cliente (3).

El poder para dar empleo era otro de los recursos, aunque escaso, controlado por la burguesía. Esto era especialmente cierto en aquellos notables, que eran, además, grandes terratenientes. Desde mediados de la década de 1950, sin embargo, la emigración ha reducido drásticamente la mano de obra disponible en Benabarre, considerando que el pueblo siempre tenía un exceso de mano de obra, ahora hay una escasez crónica de trabajadores agrícolas. Uno de los granjeros de Benabarre describió el cambio así: «*Antiguamente los trabajadores tenían que rogarle a los propietarios que les dieran trabajo y tenían que*

(3) Silverman (1965) ha mostrado una evolución similar en los pueblos de Italia, lo mismo que Boissevain (1966) hace en Sicilia. Los lazos mediadores desde los pueblos a las ciudades han cambiado de ser uniones verticales a través de los patrones a conexiones horizontales a través de los parientes de la capital, organizaciones de sindicatos y partidos.

*estar satisfechos con lo que ellos les pagaban. Hoy en día la situación es la contraria. Son los propietarios quienes van a buscar a los trabajadores. Y si él (el propietario) no paga lo que ellos quieren, se niegan a hacer el trabajo».*

La escasez de mano de obra ha sido asociada con el incesante incremento en los sueldos, que doblaron entre 1960 a 1968 desde 75 ptas. hasta 150-175 ptas. al día. Estas subidas vertiginosas en los costes de la mano de obra han forzado a los grandes terratenientes a reducir el número de trabajadores y mecanizar sus operaciones. Los altos costes han terminado virtualmente con el servicio doméstico. En 1967-68 había sólo tres casas en Benabarre que empleaban una sirvienta durante todo el día. Las implicaciones de estos datos son obvias: la escasez actual de mano de obra proporciona a la élite mucho menos control que en los días en que los trabajadores tenían que hacer zalamerías para encontrar trabajo.

La élite monopolizaba también los símbolos de la cultura metropolitana de clase media. En el Benabarre de hoy en día los símbolos del status de la clase media, por ejemplo cocinas modernas, muebles de formica, automóviles, aparatos de televisión, son accesibles a un gran número de familias. Algunos tratantes de ganado y comerciantes pueden conseguir estas comodidades mucho mejor que los profesionales y grandes propietarios de tierras. Resulta difícil para el observador exterior descubrir muchas diferencias materiales si las hay que

distingan a la vieja élite de la gente de prosperidad reciente.

También ha habido un cambio en la disponibilidad de la educación. Como en otros países industriales incipientes, el Estado español ha intentado extender sus programas de educación al máximo número de ciudadanos posible. Ya no existe el hecho de que una clase pequeña monopolice las ventajas de la educación. Muchos artesanos, tenderos y familias de Benabarre tienen hijos que están realizando estudios superiores; incluso algunas familias campesinas cuyos hijos ejercen la carrera de Derecho, son profesores o ingenieros en la ciudad.

Otra manifestación más de la reducción de las distinciones en el status social es que hoy no hay esferas exclusivas de participación social. Benabarre ya no tiene *casino*, y ninguno de los cafés está reservado a ningún grupo social en particular. Las barreras sociales para el matrimonio también han decrecido de manera importante, por ejemplo los herederos o herederas de tres familias más importantes han contraído matrimonio con habitantes normales, en lugar de hacerlo con miembros de su misma clase social.

## **AISLAMIENTO SOCIAL DE LOS NOTABLES**

Esta tendencia hacia la nivelación social ha afectado profundamente las relaciones entre las distintas clases sociales. El cambio tiende hacia una disminución de la familiaridad de trato entre clases sociales. Las familias que son los

equivalentes modernos a la burguesía: el médico, el farmacéutico, el secretario del ayuntamiento, el sacerdote, el notario y varios descendientes de familias notables, todos hacen algún tipo de esfuerzo para aislarse de la comunidad que les rodea. De hecho, viven en el máximo aislamiento con relación al resto de los estratos sociales de Benabarre. Si bien sus hogares fueron en una ocasión centros de actividad, hoy en día están virtualmente aislados de la comunidad. Un grupo de campesinos ancianos me dijo que antiguamente tenían amistad íntima con una familia particular, pero ahora las relaciones se habían limitado a «hola» y «adiós» cuando pasaban por las calles. Uno que vivió como *criado* en una familia rica notable se quejaba de que ya no podía visitar aquel lugar como solía hacerlo: «*Ahora, si quieres ir a esa casa, tienes que decir inmediatamente que llegues a qué vas y si no tienes ningún asunto que tratar te mandarán fuera*». Los miembros de la antigua burguesía apenas son vistos en público, no entran en los cafés, casi nunca se encuentran en la plaza principal y generalmente evitan los lugares donde la gente corriente suele reunirse. La iglesia es el único lugar público que frecuentan con constancia. Los miembros de las antiguas familias en particular tienden a mantenerse encerrados en sí mismos. Por otro lado, como no suele darse una relación social íntima entre las familias burguesas, sus miembros son gente solitaria.

Así, pues, como la sociedad campesina ha llegado a estar mucho

menos estratificada (en el sentido de que hay menos criterios objetivos de distinción de clase), ha habido una disminución correspondiente entre la colaboración entre unas y otras clases sociales. El cambio es aparentemente atribuible a lo que se puede denominar como «*ambigüedad de status*». Ahora que las instituciones sociales ya no refuerzan la posición de un estrato sobre otro, su lugar relativo es menos seguro. Nada ha afectado más a la posición de la élite como, por ejemplo, la relativa ausencia de patronazgo. Las ataduras económicas y la dependencia sobre los patrones de la clase burguesa que existía antes, hacía muy claras sus posiciones de status respectivas y reforzaban obviamente la posición del superior en circunstancias en que la burguesía trataba a sus clientes paternalmente, es decir, como niños; era imposible confundir la relación social con la igualdad social. La familiaridad placentera entre el *señorito* y el labrador era siempre una función que pertenecía a un tipo de relaciones de status bien definidos. Los límites de status se han desfigurado también a causa de la ideología dominante de ausencia de clases, fenómeno que ha ido en ascenso desde la guerra civil. Una respuesta común a las preguntas que tratan sobre la estratificación social es la de que «*no hay clases ahora*» o «*desde la guerra ya nadie cree en clases sociales*». Estas actitudes son especialmente características de la generación de la posguerra. Los jóvenes tienden a creer a que hay algo de inmoral en la diferencia de clases sociales y están mucho menos

dispuestos que sus padres a reconocer las distinciones sociales. Como evidencia de esta nueva igualdad, los jóvenes de Benabarre a menudo citaban el hecho de que usan la forma familiar de dirigirse (tú) con casi todo el mundo en la comunidad, excepto en casos de deferencia hacia las personas de más edad. Algunos incluso tratan familiarmente al médico o al juez, puesto que son también miembros de la generación de la posguerra. Pero, mientras que los jóvenes de Benabarre interpretan esto como un signo de cercana igualdad próxima, la relación se percibe de una forma diferente desde la otra posición. En una de nuestras conversaciones, el médico hizo referencia a estos hombres como simples *paletos* (término despectivo para campesinos, catetos) y desechó la posibilidad de que existiera entre ellos una amistad genuina. El tiende, como todos los burgueses de hoy en día de Benabarre, a ver un abismo más grande de status social entre él mismo y el resto de la comunidad de lo que los otros perciben.

Una comparación entre este médico y su predecesor en Benabarre ilustra alguno de los cambios en las relaciones entre unas y otras clases sociales. El doctor anterior, vástago de una importante familia oriunda, nació y creció en Benabarre y había comenzado su práctica en el pueblo incluso desde antes de la guerra civil. El era el clásico ejemplo del *señorito* del viejo estilo que disfrutaba jugando el papel de patrón y mantenía íntimos lazos especialmente con los labradores y con familias muy pobres. Les daba fre-

cuentemente tratamiento médico gratis y se sabía que ejercía a menudo su influencia en beneficio de ellos. A cambio esperaba elogios y reconocimiento de su papel de benefactor. Recibía una incesante lluvia de regalos en forma de comida (conejos, pollos, huevos, vino, etc.) y servicios personales de aquellos que le debían favores. Aunque ya no vive en la comunidad, todavía está muy bien considerado por muchas familias labriegas, generalmente por las humildes. En la reciente época de posguerra, sin embargo, se vio envuelto en conflictos personales. Se enfrentó a la mayoría de las familias cuya influencia iba en ascenso, tales como funcionarios de poca monta, comerciantes, tratantes de ganado que empezaban a hacerse ricos. Es difícil determinar las circunstancias exactas de estas disputas, pero al parecer está claro que se dolía de su independencia y del peso creciente de su opinión en los asuntos del pueblo. No se puede evitar la conclusión de que él (y su clase social en su totalidad) se sentían más seguros con aquellos que «*conocían su posición*».

El médico actual de Benabarre es un hombre muy diferente. Es forastero, de Castilla, y un joven con una visión política moderadamente liberal. No está en absoluto cerca de los labradores o de los pobres; continuamente desacredita su «*atraso*» y no quiere ninguna forma de paternalismo. Se opone a cualquier tipo de contacto personal con cualquier labrador que vaya más allá de sus obligaciones profesionales. Cuando los del pueblo le han

ofrecido regalos por encima del pago de sus servicios se ha negado a aceptarlos. De esta forma se autoelimina de la red de favores recíprocos. Como dicen los del pueblo, «no quiere amistad con nadie». El doctor me dijo que de esta forma evitaba obligaciones innecesarias y enredos tontos. Dijo que si se metía en los líos del pueblo sencillamente «caería más abajo que ellos».

Así como el doctor, otras personas que pertenecen al mismo tipo de burguesía forman parte hoy día de la vida pública o del gobierno del pueblo, pero solamente hasta el punto de proteger sus intereses personales propios. Este es, pues, el lado opuesto del pasado, cuando esta clase social dominaba la vida pública de Benabarre. Desde la guerra, sin embargo, han tenido que competir con estos nuevos tipos de hombres que no han estado dispuestos a permitirles el control completo en el gobierno del pueblo. Su compromiso ahora les sometería a unas relaciones más próximas y a un trato, con las personas que en un tiempo pasado eran vistas casi como vasallos. En lugar de comprometer su posición, prefieren mostrarse totalmente reservados y vivir en cierto modo separados de los asuntos de la comunidad. La descripción de Tocqueville (1840:107) de una élite aristocrática después de una revolución democrática podría haber sido la de la burguesía de Benabarre: aquellos miembros de la comunidad que estuvieron en la cima de los estamentos sociales no pueden olvidar de repente su grandeza anterior; se sentirán por mucho tiempo ajenos

en el centro de una sociedad recientemente formada... Se han alejado de sus iguales y ya no se sienten comprometidos en unos intereses comunes a su destino; cada uno de ellos, al permanecer aislado, cree que debe limitarse únicamente a cuidar de sí mismo.

No sólo ha cambiado en Benabarre su grado de estratificación social, sino que se ha sumido también un esquema de relaciones entre unas y otras clases sociales más característico de sociedades con una ideología dominante de igualdad. Podría parecer aparente que las relaciones de las nuevas clases sociales son menos igualitarias a causa de su reducido contacto. La sociedad, sin embargo, ha llegado a ser mucho más igualitaria por cualquier escala de medida que pudiéramos elegir. Esto ha sido acompañado por la pérdida de familiaridad o «fraternidad» entre las relaciones de una clase social y otra. Benabarre ha comenzado a aproximarse a un esquema de estratificación típica de países como EE.UU., donde el criterio de diferenciación se calcula por grados de asociación interpersonal, segregación residencial y los distintos medios por los cuales un estrato social evita «vivir codo con codo» con inferiores.

## CONCLUSIONES

Este análisis del cambio en Benabarre haría evidente el que yo pienso que los conceptos de relaciones íntimas e igualdad entre unas y otras clases sociales se han confundido en la literatura sobre España. Más aún, no creo que el igualitaris-

mo sea una característica apropiada para la sociedad española en su totalidad. No hace falta que uno haya vivido mucho tiempo en el país para haber sido testigo de la humilde y servil actitud de un campesino cuando se encuentra con un funcionario de poca monta. O bien, si uno conversa con los labradores, no es difícil el sentirse impresionado por su sentido de inferioridad en una situación (*vis á vis* con respecto a las personas educadas), «¿por qué pierde el tiempo hablando con nosotros?», me preguntaban en muchas ocasiones, «¿Es que no sabe que somos tontos como burros?».

Cuando se mencionaba el asunto de los derechos civiles de los negros en EE.UU., un labrador o un obrero observaban a menudo: «*nosotros somos los negros en este país*». Y si uno trata con cualquier sector de la élite española le repiten *ad nauseam* la falta de capacidad del hombre corriente para tratar con los asuntos políticos o económicos sin la guía de las «*clases superiores*». Puede que sea cierto que en el pasado la diferencia de estratificación quedase rebajada (pero en ningún modo eliminada) por el patronazgo y por la asociación entre unas y otras clases sociales, y esta es una anotación que acertadamente hizo Kenny (1961:135). Sin embargo, mientras la sociedad se moderniza y las clases sociales más bajas entran a participar progresivamente en la nueva abundancia del patronazgo y sus efectos de mejora, estas perderán la mayor parte de su significado. Es asimismo presumible que las nuevas formas de diferenciación de sta-

tus social reemplazarán a las antiguas.

Se puede expresar mejor lo anteriormente dicho a modo de proposición general: en distintos contextos sociales puede haber una relación inversa entre el grado de igualdad y el grado de familiaridad entre las clases sociales o intersocial. Esta generalización implica la previsión de que a un cambio en una dimensión corresponderá el movimiento inverso en la otra dimensión.

En conclusión, revisaré algunos ejemplos sugestivos del cambio social, e incluso más allá de la situación española, que apoyan la hipótesis. La experiencia de los esclavos negros en Sudamérica nos ofrece en particular un buen ejemplo. Woodward (1966: 12-13) señala que las leyes de segregación y la proscripción contra la relación social entre blancos y negros nunca fueron características de esclavitud y no se pusieron en funcionamiento en el sur hasta tres o cuatro décadas después de la guerra civil. Mientras la posición humilde o baja posición del hombre negro quedaba definida por la esclavitud y por actitudes heredadas de la esclavitud, no hacía falta limitar el contacto interracial. Mientras que la esclavitud todavía existía en el sur, se «*inventaban*», sin embargo, las leyes de segregación en el norte más igualitario, especialmente en los estados fronterizos más democráticos. Woodward (1966: 19-20) escribe: «*Generalmente hablando, cuanto más hacia los estados libres del oeste se adentraba el negro, más dura encontraba la segregación y la*

*proscripción. Indiana, Illinois y Oregón incorporaron en sus Constituciones disposiciones que restringían la admisión de los negros en sus fronteras...»*

Otro escritor que ha tratado con la experiencia negra de una forma diferente, en un caso de mestizaje cultural, ha enfocado la dimensión de la estratificación como un elemento clave. Hartz (1964) ha señalado que la manumisión de los esclavos nunca fue el problema en las sociedades muy estratificadas de la América Latina (tales como Brasil) que supuso en los EE.UU. En las sociedades muy estratificadas había un lugar para los hombres libres, en el orden social más bajo de todos, junto con los destacados, blancos, indios y mestizos. Hartz (1964: 49-62) sostiene que estas sociedades tenían un concepto de jerarquía y status social *«que podían rehacerse para la finalidad»* de acomodar a los esclavos. En consecuencia, la posición social del esclavo libre mejoraba sólo ligeramente, permaneciendo como lo hacía con anterioridad en el puesto más bajo del orden social.

Las sociedades igualitarias burguesas, por otra parte, como los Estados Unidos, Sudáfrica Holandesa e incluso Australia, han tenido muchas más dificultades a la hora de manejar al hombre liberado o el problema racial (Hartz, 1964: 50, 51, 55). La ideología dominante en estas sociedades proclama que todo el mundo es igual; en consecuencia, no hay *«lugar»* para las personas que la sociedad no aceptará como iguales. Siendo incapaces de colocar a los negros en el orden social

normal, éstos han quedado completamente fuera del ámbito de los blancos, con leyes de segregación que los excluye esencialmente de la sociedad normal. En Brasil, los esclavos liberados no constituían amenaza a las élites socio-políticas, en tanto que había entre ambos status un gran abismo. En los EE.UU., por el contrario, la libertad les concedía teóricamente los mismos derechos y el mismo status social que a todo el mundo, constituyendo desde este momento una amenaza para la sociedad en su totalidad.

Una relación similar entre la diferenciación de status social y la relación social ha sido objeto de estudio en la América Latina. El tratamiento comparativo de Whiteford de las clases sociales en dos ciudades, Querétaro en Méjico, y Popayán en Colombia, no tiene nada que ver en principio con el cambio social, pero el estudio ofrece unos datos relativos al problema (4). La ciudad mexicana estaba más modernizada que la colombiana; su estructura de clases era menos rígida y la clase social media era considerablemente más fuerte (Whiteford, 1964: 18-19-33). Había una diferencia significativa en la seguridad de la posición de las respectivas élites. En Querétaro no se distinguía mucho la élite del resto de la comunidad. En Popayán, por contraste, la élite era una aristocracia genuina, definida por una posición de familia y de linaje. Whiteford (1964:

(4) Agradezco a Karl Schwerin por sugerirme la importancia del estudio de Whiteford para mi análisis.

206-231-244) nos informa que la clase social alta en Querétaro estaba más alejada de los asuntos de la comunidad que la correspondiente en Popayán y que había generalmente menos relación social en Querétaro que en Popayán. Dentro de la sociedad altamente estratificada de Popayán había, a menudo, una relación social más próxima entre las clases altas y bajas que entre la media y la baja. Whiteford (1964: 237) escribe: «Para muchos miembros de la clase media era difícil mantener una amistad con un hombre de la clase social baja porque sus correspondientes posiciones relativas podrían confundirse... Miembros de la alta clase social rara vez sentían tal dilema. Ellos podían ganarse la amistad, e incluso intimar con la clase social baja, sin ningún tipo de peligro para que las relaciones sociales se malinterpretaran o que su posición social fuera puesta en peligro». Finalmente, cito una declaración de Pitt-Rivers, uno de los autores con cuyos puntos de vista yo estaba en desacuerdo al comienzo de este ensayo. En un artículo reciente (Pitt-Rivers, 1964: 555) sobre raza y clases sociales en América Central y en los Andes, escrito trece años después de su estudio sobre España, expresa un

punto de vista paralelo al que adelantamos aquí: *La distinción de los status sociales no se exhiben siempre de la misma forma. Si la diferencia de status se asegura de algún modo, puede resultar indiferente a cualquier otra base de distinción. Por esta razón, la familiaridad con la que los sirvientes eran admitidos por sus señores fue más importante en un período anterior, cuando las distinciones sociales estaban más definidas*». Prácticamente en todas las sociedades, incluidas aquéllas oficialmente sometidas al igualitarismo, existe un orden de status jerárquicamente establecido a través del que los hombres quieren expresar su superioridad sobre otros hombres. Sin embargo, es precisamente porque las sociedades igualitarias se niegan cuidadosamente a separar el superior del inferior, por lo que tienden a caracterizarse por una mayor inseguridad de status social con respecto a las sociedades altamente estratificadas. En las sociedades del primer tipo los hombres tienen que recurrir a argucias personales para distinguirse de sus compañeros; el desarrollo de la exclusividad geográfica y social es el medio disponible más valioso para este propósito.

## Bibliografía

Altamira, R., 1950, *Los elementos de la civilización y del carácter españoles*. Buenos Aires.

Barret, R. A., 1970, *Socio-politi-*

*cal Implications of the Rural Revolution in Benabarre, Spain*. Unpublished Ph. D. dissertation, University of Michigan.

Boissevain, J. F., 1966, *Patronaje in Sicily*, «Man», I: 18-33.

Brenan, G., 1950, *The Spanish Labyrinth: An Account of the Social and Political Background of the Civil War*. Cambridge.

Carr, R., 1966, *Spain: 1808-1939*. Oxford.

Fernsworth, A., 1957, *Spain's Struggle for Freedom*. Boston.

Halpern, J. M., 1967a, *A Serbian Village: Social and Cultural Change in a Yugoslav Community*. New York.

— 1967b, *The Changing Village Community*. Englewood Cliffs.

Hartz, L., 1964, *The Founding of New Societies*. New York.

Kenny, M., 1961, *A Spanish Tapestry: Town and Country in Castile*. New York.

Pitt-Rivers, J. A., 1954, *The People of the Sierra*. Chicago.

— 1967, *Race, Color, and Class in Central America and the Andes*, «Daedalus», 96: 542-559.

Prichett, V. S., 1954, *The Spanish Temper*. New York.

Silverman, S. F., 1965, *The Community-Nation Mediator in Traditional Central Italy*, «Ethnology», 4: 172-189.

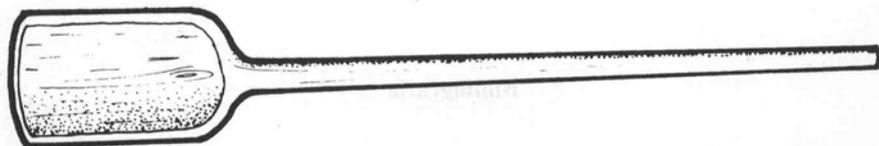
Stirling, P., 1965, *Turkish Village*. New York.

Tocqueville, A. de 1840, *Democracy in America*, v. 2. New York.

Whiteford, A. H., 1964, *Two Cities of Latin America: a Comparative Description of Social Classes*. New York.

Wolf, E. R., 1956, *Aspects of Group Relations in a Complex Society: Mexico*, «American Anthropologist», 58: 1065-1078.

Woodward, C. V., 1966, *The Strange Career of Jim Crow*. New York.



Pala de aventar mies. Madera. Utilizada hasta postguerra. Secastilla (Hu.). J. M. Pesqué.

# «LAS ABUELAS»: MITO, LEYENDA Y RITO



Fanlo desde Buisán, 1910. L. Briet.

El mito de las abuelas no que-  
da del todo en el tiempo sino que va  
evolucionando y asumiendo nue-  
vas roles a lo largo de la historia.  
«El viejo y la niña» en los que  
los campesinos ven una especie de

sin embargo, la mente humana  
no podía comprender  
agracias sin la existencia de un po-  
der que de vez a otra forma in-  
fuerza sobre él, así surgió el que-  
der de la cosecha y lo primero que  
el hombre debía de hacer para que  
le resultara más tangible era perso-  
nificarlo en un mito.  
«La figura, el nombre y la inter-  
sidad de esas personificaciones va-  
ría, madre del trigo, ABUELA,  
madre de la espiga o vieja trastera

(1) Trabajo de Buisán de las ediciones  
Mondragón y de las de la revista «Mito»  
con Elías Madrid, 1981. Pág. 241  
(2) Ibídem.